



José Vasconcelos (detalle), 1914. Fotografía de Harris & Ewing.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 3, núm. 2, marzo - junio 2022

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.2>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

El exilio intelectual de José Vasconcelos y la creación de la Secretaría de Educación Pública. Reflexiones sobre el origen de una política educativa en México*

The Intellectual Exile of Jose Vasconcelos and the Creation of the “Secretaría de Educación Pública”. Reflections on the Origins of Educational Policy in Mexico

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.2.204>

* Proyecto financiado por el Programa a la Investigación para el Desarrollo y la Innovación (PAIDI 006-2021). Facultad de Estudios Superiores Acatlán. Universidad Nacional Autónoma de México.

ID Graciela Carrasco-López

Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

ID Javier Rafael García-García

Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

ID Arturo Torres-Barreto

Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

Edward W. Said (2009) sostiene que el exilio es uno de los más tristes destinos del intelectual. El intelectual como exiliado es fragmentario, abrupto, discontinuo: no existe ni plan argumental ni orden predeterminado. Su vida transcurre con normas diferentes, no tiene una historia, provoca conmociones, desconcierta a las personas porque sus realizaciones son discontinuas.

La conciencia del intelectual aparece representada como algo incapaz de estar en reposo en sitio alguno, constantemente en guardia frente a las mieles del éxito; significa tratar, conscientemente, de no ser comprendido de un modo fácil ni inmediato. No hay salida posible: ese estado de interinidad puede convertirse a su vez en una rígida posición ideológica, una especie de morada cuya falsedad queda cubierta por el tiempo, a la que puede acostumbrarse con facilidad.

En palabras de Theodor Adorno (en Said 2009, 65-82), para un hombre que ha dejado de tener una patria, escribir se convierte en el lugar para vivir. Su obra puede ofrecer cierta satisfacción, un tipo de vida alternativo que esté en condiciones de representar un ligero respiro en la ansiedad y en la marginalidad. Tampoco es posible que se refugie en la absoluta privacidad puesto que su esperanza no es influir de algún modo sobre el mundo, sino que algún día, en algún lugar, alguien lea lo que él escribió exactamente como lo hizo.

Tiende a ser feliz con la idea de la infelicidad, una insatisfacción cercana a la melancolía que puede convertirse no sólo en un estilo de pensamiento, sino también en una nueva morada, siempre que sea temporal. Este estado, paradójicamente, muestra una mente estimulada, favorecida.

Ve las cosas en función de lo que ha dejado atrás y, a la vez, en función de lo que le rodea aquí y ahora, hay una doble perspectiva por lo que nunca puede ver las cosas aisladamente. Intelectualmente, esto significa que una idea o experiencia se ve siempre contrapuesta con otra; hay una doble perspectiva y esta yuxtaposición hace que las ideas sean universales. Esta circunstancia le permite tener un estilo de vida no convencional y, con ello, una carrera diferente y hasta extraña. Es irónico, escéptico, pero no cínico.

El exilio es una condición metafórica, es inquietud, movimiento y estado de inestabilidad permanente que desestabiliza a otros. También causa placer al intelectual porque otorga diversas adaptaciones vitales y ángulos raros de visión que esta circunstancia puede ocasionar y que estimulan su vocación, tal vez sin aliviar la última ansiedad o sentimiento de su amarga soledad. Dicha condición también otorga ciertas recompensas y privilegios. Una de ellas es el placer de sorprenderse, de no dar nada nunca por asegurado, aprender a conformarse en circunstancias de inestabilidad que podría confundir a la mayoría de las personas; su vida intelectual gira, fundamentalmente, en torno al conocimiento y la libertad. El sentido de lo maravilloso nunca lo abandona y es siempre un viajero, un huésped provisional.

En esta circunstancia el intelectual tiende a ver las cosas no simplemente como son, sino también como han llegado a ser; es decir, se contemplan las cosas como contingentes, no como inevitables. Se observan como el resultado de una serie de opciones históricas, como hechos sociales, no como realidades naturales y, por lo tanto, no son inmutables, permanentes e irreversibles. Significa estar siempre

marginado, lo que se hace se deberá de inventar porque no hay una senda preescrita.

Al intelectual la situación de marginalidad le libera de tener que proceder siempre con precaución.

No responde a lo convencional, sino a la audacia asociada al riesgo, a lo que representa cambio, a la invitación a ponerse en movimiento.

La situación de marginalidad le libera de tener que proceder siempre con precaución, de estar temeroso, de echar por tierra los planes de alguien, de vivir angustiado por la situación de otros miembros. Es mostrarse excepcionalmente sensible al viajante, a lo provisional y arriesgado, a la innovación y al experimento. No responde a la lógica de lo convencional, sino a la audacia asociada al riesgo, a lo que representa cambio, a la invitación a ponerse en movimiento y a no quedarse quieto.

La única satisfacción estriba en ser capaz de experimentar ese destino no como una privación o como algo que debe de lamentarse, sino como una especie de libertad, como un proceso de descubrimiento. Es un modelo para los intelectuales que se sienten tentados por las gratificaciones de decir «sí» a la adaptación, sabrá que es capaz de ver cosas que habitualmente pasan desapercibidas a quienes nunca han viajado, más allá de lo convencional y lo comfortable.

El exilio es una condición que le permite una producción de conocimiento mucho más acelerada, larga, reposada y profunda; también posibilita una discusión a fondo con intelectuales de otros países con los que conforma redes, grupos y comunidades de conocimiento con características específicas con el propósito de discutir asuntos más allá de los temas hegemónicos; circunstancia muy distinta de la de los colegas que trabajan en contextos más estables (Carrasco 2016).

Por todo ello, los cinco años que José Vasconcelos vivió exiliado en Estados Unidos y Perú (1915-1920), antes de ser el primer secretario de Educación Pública en México (1921-1924), potenció su obra educativa. Regresó a México con tres libros *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *El monismo estético* (1918) y *Estudios indostánicos* (1920); impartió la conferencia “El movimiento intelectual contemporáneo de México” (1916) en la Universidad de San Marcos, en Lima, Perú y realizó entregas a la *Revista Universal*, editada en Nueva York (Quintanilla 2017); pero, sobre todo, volvió con ideas que siguen teniendo repercusiones en diversas generaciones de mexicanos.

El retorno a México

Vasconcelos, como portador de esa experiencia formativa que le representó el exilio como fuente constitutiva de vida cargada de matices para reinventarse desde el autodescubrimiento, retornó con una gran fuerza creadora. Así, emergió un personaje que entró en una suerte de torbellino de actividades políticas y estableció relaciones con el grupo de “Agua Prieta” (Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles).

Las obras más importantes de Vasconcelos en materia educativa fueron la reconfiguración de la Universidad con una visión social y humanista y la fundación de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

El General Obregón lo invitaría a ser, primero, rector de la Universidad Nacional de México y, posteriormente, el primer secretario de educación pública del país; el contexto y las circunstancias que lo favorecieron permiten considerar el quinquenio

1920-1925 como un periodo clave para la conformación de las obras más importantes de Vasconcelos en materia educativa debido al rediseño y fundación de dos de las instituciones más emblemáticas de la educación mexicana: la reconfiguración de la Universidad con una visión social y humanista y la fundación de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Debido a que Obregón llegó a la presidencia en 1920, los desafíos centrales que enfrentaba la nación era mejorar el clima político y social; además, de las condiciones económicas, políticas, legales e institucionales para reforzar las tareas educativas en un marco de cierta «paz social». José Ortega y Gasset sostiene que “es forzoso vivir a la altura de los tiempos y muy especialmente a la altura de las ideas del tiempo” (1930, 29); por ello, puede considerarse que el regreso de Vasconcelos coincidió con el momento de la reconstrucción de México, donde se podía pensar en el futuro. Porque el pasado cercano había obligado a resolver las tensiones y las luchas por el poder mediante las armas, configurados en las diversas expresiones y movimientos revolucionarios y expresados en la presencia de diversos caudillos que abrieron paso, con la llegada de Obregón, a un posible horizonte de armonía y tranquilidad.

El grupo de Agua Prieta y los intelectuales agrupados en torno al Ateneo de la Juventud, supieron leer su tiempo histórico y, nos parece, estuvieron a la altura en los contextos y circunstancias específicas; con sus ideas dieron especial atención a los proyectos sociales, culturales y educativos. Esta lectura, necesaria y oportuna, fue relevante ya que constituyó el «rompimiento» y desplazamiento de las armas por la razón política.

En ese escenario, la educación, en especial la brindada por Universidad Nacional y la naciente SEP de 1921, tenían la tarea de formar hombres para «pensar» y «cambiar» México; ocuparse de enseñar en la medida de lo que es necesario: la cultura, los valores, la alfabetización, la lectura y las artes, entre otras cosas.

La relación entre el grupo de Agua Prieta y Vasconcelos estuvo cargada de fuertes tensiones y conflictos, donde el proyecto de creación de la SEP no sólo fue expresión de un proyecto pedagógico sino, sobre todo, una recomposición del grupo del poder, su configuración, sus luchas y sus formas de despliegue del Estado educador mexicano.

En ese contexto, el Estado asumió las facultades sobre la educación, la cultura, las artes, la política y la proyección social de la educación de sus ciudadanos mediante un orden material, institucional, administrativo y legal; también instaló la expresión institucionalizada de los ideales y de la ideología del movimiento ganador de la Revolución mexicana, arrojándose la tarea de la integración de los mexicanos, su proyecto de identidad y nacionalismo en torno a la formación de un tipo de mexicano, es decir, el proyecto aspiracional podría hacerse realidad a través de la educación en los proyectos de la Universidad y de la SEP.

Cinco son los ejes fundamentales del proyecto educativo y político de Vasconcelos:

- 1) El proyecto educativo fundado en la docencia cuya pretensión se sostenía en la idea de hacer llegar la educación pública desde sus bases: la educación primaria, que tendría como propósito dotar a los mexicanos de los mínimos necesarios de conocimientos, valores y el significado de ser mexicano.
- 2) El proyecto de bibliotecas cuyo brazo fundamental se ancló a un programa nacional de lecturas, que se apoyó en un grupo prestigiado de escritores literarios, el más grande programa editorial de producción de libros y un gran despliegue de distribución de libros, incluso a través de mulas, las bibliotecas itinerantes o la construcción de una gran cantidad de bibliotecas en rancherías, pueblos y ciudades del territorio nacional.
- 3) La cruzada nacional contra el analfabetismo que buscaba dotar a los mexicanos de la herramienta fundamental de vida que constituye la lectura y

las escritura, expresión que se materializó en las casas del pueblo.

- 4) La expresión de la cultura a través del arte, cuya obra se reflejó en el famoso muralismo mexicano en los edificios de la SEP y en diversas dependencias del gobierno federal.
- 5) La educación de la higiene y del deporte.

Claude Fell reconoce la tarea pendiente de reconstituir la obra educativa de Vasconcelos al retomar las propias palabras del autor del *Ulises criollo* “se puede intentar la reconstitución, a partir de documentos, de testimonios de la época, de archivos, de cartas y de artículos contemporáneos de la presidencia de Obregón” (Fell 1989, 949-950). Esta tarea es quizá una deuda histórica y pedagógica notable sobre la política educativa de Vasconcelos; no obstante, se pueden apuntar algunos planos de notable relevancia que atendió el despliegue de sus políticas.

En primera instancia, situar el significado de la herencia fundamental que constituye la construcción del moderno Estado educador del siglo xx mexicano, mismo que es depositario de un pasado que sigue interpelando a los responsables de las tareas de educar desde el Estado; para toda administración pública, el pasado de Vasconcelos los coloca como herederos y guardianes de esa apuesta educativa vasconcelista.

En un segundo plano, reconocer que dejó como el más grande pendiente con su pasado, aquellos sujetos de la educación que constituyen un enorme número de mexicanos invisibles que las políticas educativas no han podido atender. A pesar de los diferentes proyectos educativos que continuaron su obra durante el siglo xx y lo que va del siglo xxi, persisten deudas significativas.

Y, en tercer lugar, admitir el carácter ambicioso, audaz e integral de su proyecto educativo. La pretensión de colocar y atender muchos de los temas educativos concretos con carácter de urgente, con el presupuesto educativo más relevante de su tiempo.

La amante cara del obregonismo

Interesa destacar el dicho del presidente de la República en 1921, General Álvaro Obregón, para expresar quizá, en su aspecto más prosaico, la magnitud del significado de la creación, implementación y mantenimiento inicial de la SEP. Para él, “había resultado una amante muy cara...” (Krauze 1976, 109). En efecto, el costo financiero de la operación fue tan elevado que sólo tendría parangón al conferido durante los sexenios de Lázaro Cárdenas del Río y Adolfo López Mateos al rubro educativo. Vasconcelos recuerda en sus memorias la prodigalidad del suministro de recursos a la nueva Secretaría por parte de los sonorenses en el poder, del propio presidente y del secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta:

Esponáneamente me autorizó para pedir a las Cámaras un presupuesto alto para el primer año de labores, asignación que, si mal no recuerdo, fue de veinticinco millones de pesos; una suma ridícula para una tarea seria, pero doble de la que había destinado a educación el Gobierno de Madero, triple de la que se pusiera a disposición de Justo Sierra en la época porfiriana. También circunstancia favorable fue que en el Ministerio de Hacienda entrase con el nuevo Gobierno el ex-presidente interino De la Huerta, administrador honrado a carta cabal y amigo de la Secretaría en formación. (2011, 79)

Según los usos de actuación de ese tiempo, se prefería rentar a particulares mansiones o comprar edificios ya hechos para acondicionarlos a la operación burocrática de los ministerios. Opuesto a ello, el secretario de Educación asumió como deber de su generación y timbre de gloria del Gobierno obregonista realizar obra nueva rescatando el legado patrimonial novohispano encerrado en los viejos y ruinosos conventos y colegios del centro de la Ciudad de México.

El pago a arquitectos e ingenieros, el sueldo de los jornaleros, el costo de las construcciones, fueron absorbidos por la hacienda pública pues, a decir de De la Huerta, ¿qué importaba cuando a la Secretaría de Guerra una movilización de tropa costaba, a menudo, cuarenta mil pesos? (Vasconcelos 2011, 82).

Vasconcelos, como secretario de educación, asumió como deber de su generación y timbre de gloria del Gobierno obregonista realizar obra nueva rescatando el legado patrimonial novohispano encerrado en los viejos y ruinosos conventos y colegios del centro de la Ciudad de México.

Además de la gran obra arquitectónica de las sedes de operación de la SEP, el programa educativo y cultural vasconcelista, fincado en la proyección social de escuelas, libros y bellas artes, demandó la multiplicación de aulas y de modestas bibliotecas que fueron entregadas a docentes y estudiantes, así como la adjudicación de superficies y espacios reclamados por artistas para procrear una estética de la nación asociada a la Revolución mexicana (Fell 1989, 404-412). Y todo ello con escasos fondos manejados por el gobierno de un país en ruinas, que apenas salía de una prolongada e intensa lucha armada, sembradora de destrucción y muerte. Bajo estas circunstancias, las exigencias al régimen liderado por los sonorenses se dirigieron en lo fundamental a la reconstrucción económica y, si bien, el plan vasconcelista de obras generaba empleos, la parte de su proyecto dedicado a satisfacer las demandas del «espíritu», por más legítimas que fueran, pronto entró en discordancia con una política educativa alternativa cuyas miras estuvieron puestas en objetivos de menor alcance pedagógico.

La mayoría de las interpretaciones del régimen emanado de la rebelión de Agua Prieta, que triunfó en mayo de 1920, ha sido poco benigna en sus juicios con sus actores protagonistas. La desapacible década de los veinte en México, inició con el último golpe de Estado militar exitoso de la historia moderna del país. Un presidente interino, Adolfo de la Huerta, y dos electos, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, habiendo recusado el mandato carrancista, ocuparon sucesivamente la silla presidencial, abriendo el llamado periodo caudillista posrevolucionario. Esta etapa de la historia recibe ese apelativo por convertir la actividad política en patrimonio del círculo de generales vencedores en los campos de batalla y de sus allegados, en vez de levantar un Estado regido por la racionalidad de instituciones impersonales.

¿Por qué se eligió la propuesta *cara* de un intelectual? Por un lado, Obregón aprovechó las dotes propagandísticas de un pensador y educador de dimensiones continentales para agregar legitimidad al régimen emanado de la Revolución. Por otro, Vasconcelos fue un líder cultural que supo arrebatarse fondos a los jefes norteños del ejército victorioso para impulsar el proyecto fundacional de la escuela mexicana moderna con alcance civilizatorio.

El obregonismo concebido como sistema, pensamiento y actuación, mantuvo una reputación sustentada en una miscelánea de convicciones según las cuales el poder proviene de las masas, por tanto, era preciso protegerlas y “beneficiarlas poco” para “esperanzarlas mucho”. Además, el afianzamiento de la autoridad indiscutida del Estado obligaba al mantenimiento de la propiedad privada capitalista y de los derechos de los propietarios y terratenientes nacionales

y extranjeros. El balance del empuje de las masas y de los poseedores podía recaer en la postergación indefinida de las reformas agraria y laboral, mediante la demagogia, el engaño, la demora, la trampa política y, cuando se requiriera, el “plomazo” o el cañonazo de cincuenta mil pesos (Córdova 1982, 30).

La imagen cicatera del obregonismo, plasmada también en las novelas *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibarguengoitia (2018), y *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán (1985), se puede complementar al evocar la firma de los Tratados de Bucareli verificada bajo el apremio de la crisis financiera, la deuda externa y la presión de petroleros y banqueros internacionales. El precio del reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos al de Obregón en México, se pagó garantizando la propiedad y reconociendo las inversiones en suelo y subsuelo nacionales de los capitalistas foráneos que estaban amenazados por una consecuente aplicación soberana del artículo 27 Constitucional, según la formulación de 1917.

A cien años de la fundación de la SEP, parece que el icono común interpretativo del obregonismo tuvo al menos en el programa pedagógico vasconcelista un rostro humano compensatorio y, sin embargo, cabe preguntarse ¿por qué entre las posibles actuaciones de los diseñadores de política educativa se eligió la propuesta *cara* de un intelectual impulsado por resortes románticos e idealistas, ajeno a interpretaciones positivistas y pragmáticas más comprensibles a la mentalidad y hasta más cercanas a la actuación de los caudillos sonorenses? Una respuesta plausible a esta interrogante se encuentra, por un lado, en la intuición del General Obregón, talentoso militar llegado a la presidencia, que aprovechó las dotes propagandísticas de un pensador y educador de dimensiones continentales para agregar legitimidad al régimen emanado de la Revolución mexicana. Por otro, en la agudeza de Vasconcelos, un líder cultural que supo arrebatarse fondos a los jefes norteños del ejército victorioso para impulsar el proyecto fundacional de la escuela mexicana moderna con alcance civilizatorio.

A manera de cierre

La Cátedra Especial José Vasconcelos 2021 es un proyecto que busca difundir la obra político-educativa de este intelectual mexicano y consolidar la línea de investigación Política Educativa en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán. Su titular fue Javier Rafael García García; la corresponsable, Graciela Carrasco López y Arturo Torres Barreto, colaborador. Los becarios de investigación fueron Melisa Jocelyn Cervantes Meneses, Dulce Valeria Hernández Rodríguez, Itzel Pérez Rangel, Isaac Ramos Hernández y Miriam Godínez González, todos de la FES Acatlán.

La Cátedra desarrolló diversas actividades académicas, como el Coloquio Internacional *Cien años de la SEP de Vasconcelos. La semilla y la cosecha* realizado en colaboración con el Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación (IISUE) y el Programa de Posgrado de Pedagogía (PPP) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) el 17 de noviembre del 2021. En él se presentó la Conferencia Magistral *Vasconcelos y el centenario de la fundación de la SEP: pasado y presente educativo* de Javier Garcíadiego Dantan; las mesas de diálogo *Políticas, formación de profesores y alternativa pedagógica* con Adriana Puiggrós, Renate Marsiske Schulte y Hugo Casanova Cardiel, y *Tres lecturas críticas sobre la obra educativa de Vasconcelos* con Guillermo Hurtado Pérez, Arturo Torres Barreto y Roberto Rodríguez-Gómez. Las moderaciones de las mesas estuvieron a cargo de Ana María Salmerón Castro y Graciela Carrasco López, respectivamente; el mensaje de inauguración correspondió a Hugo Casanova Cardiel y la declaratoria inaugural de Manuel Martínez Justo. La presentación y relatoría *La agenda a futuro*, fueron responsabilidad de Javier Rafael García García. Agradecemos a la maestra Nora Goris Mayans su apoyo.

También se realizó la serie de entrevistas *Las voces de los investigadores*; las cápsulas informativas *Unos minutos con Vasconcelos*, donde se abordaron distintos temas como la educación rural, la Campaña

Nacional de Alfabetización y el Plan de Estudios de Educación Primaria, entre otros; la investigación *La escuela primaria pública en México. Transformaciones entre el proyecto de Vasconcelos de 1921 y la Nueva Escuela Mexicana de 2021* y el libro colectivo *Cien años de la SEP de Vasconcelos: la semilla y la cosecha*. De todo ello quedó evidencia en el micrositio <https://acatlan.unam.mx/catedrajosevasconcelos/>. —

Referencias

- Carrasco López, Graciela. 2016. "Estudios de comunicación en Iberoamérica. La investigación en el siglo xx y las condiciones de producción académica del siglo xxi" en Arancibia Carrizo, Juan Pablo y Salinas Muñoz, editado por Claudio, *Comunicación política y democracia en América Latina*. España: Gedisa. 59-65.
- Córdova, Arnaldo. 1982. *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación de un nuevo régimen*. México: Ediciones Era.
- Fell, Claude. 1989. *José Vasconcelos. Los años del águila*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guzmán, Martín Luis. 1985. *La sombra del caudillo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ibargüengoitia, Jorge. 2018. *Los relámpagos de agosto*. México: Joaquín Mortiz.
- Krauze, Enrique. 1976. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI Editores.
- Ortega y Gasset, José. 2015. *Misión de la Universidad*. Santiago Fortuño Llorens (Ed.). España: Cátedra (Letras Hispánicas).
- Quintanilla, Susana. 2017. "Por qué importa Vasconcelos". *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 22, no. 75, (Octubre). <https://www.redalyc.org/journal/140/14054387013/html/>
- Said, Edward W. 2009. *Representaciones del intelectual*. México: Debate.
- Vasconcelos, José. 2011. *La creación de la Secretaría de Educación Pública*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos.